

I

Río Escalda, Cambrai,
Francia, 1917

Sabemos que la vida tiene un final. ¿Por qué habríamos de creer que la muerte dura para siempre?

Sobre la colina pasó la sombra de un pájaro; al pájaro no lo pudo ver.

Tenía el consuelo de ciertos pensamientos:

El deseo lo permea todo; no hay nada humano que pueda quedar libre de él.

Podemos pensar en lo desconocido solo en términos de lo conocido.

La velocidad de la luz no puede ser una referencia de tiempo.

El pasado existe como un momento presente.

De las cosas más importantes que sabemos, tal vez no se puedan tener pruebas.

Él no creía que el misterio que habita el corazón de las cosas fuera amorfo o vago o una discrepancia, sino un lugar dentro de nosotros mismos para algo absolutamente preciso. No creía en llenar ese espacio con religión o con ciencia, sino en dejarlo intacto; como el silencio, o la mudez, o la duración de un tiempo.

Tal vez la muerte fuera lagrangiana, tal vez pudiera definirse por el principio de mínima acción.

Asintótica.

La niebla humeaba como fuegos de crematorio bajo la lluvia.

Era posible que la explosión lo hubiera dejado sordo. No había árboles que le ayudaran a identificar el viento, ni tampoco viento, pensó, en absoluto. ¿Estaba lloviendo? John veía relumbrar el aire, pero no sentía la lluvia sobre la cara.

La niebla borraba todo lo que tocaba.

Vio un destello, un grito de luz, al otro lado de la cortina de su aliento.

Hacía mucho frío.

En algún lugar allá afuera estaban sus preciadas botas, sus pies. Debería levantarse y buscarlas.

¿Cuándo había comido por última vez?

No tenía hambre.

Recuerdos que van calando.

Caía la nieve, de noche y de día y de nuevo de noche. Calles silenciosas; conducir era imposible. Decidieron ir andando el uno hacia la otra de punta a punta de la ciudad y reunirse en el centro.

El cielo, incluso a las diez de la noche, era de porcelana, un sólido pálido del que la nieve se descolgaba y caía. El frío era una limpieza, una bendición. Partirían a la misma hora y no se apartarían de la ruta, seguirían caminando hasta encontrarse.

En la distancia, en la intensa nevada, John vio fragmentos de ella —elípticos, estroboscópicos: el gorro oscuro de Helena, sus guantes—. Aún era difícil saber la distancia a la que estaba. Se sacudió la nieve del sombrero para que ella pudiera verlo a él también. Y sí, ella levantó los brazos por encima de la cabeza y los agitó para saludarlo. Solo se veían su gorro y sus guantes y el desdibujado fulgor amarillento de las farolas contra la blancura del cielo y de la tierra. Apenas sentía los pies, ni los dedos, pero el resto de su cuerpo se mantenía templado, casi acalorado por la caminata. Al verla, al ver ese vestigio de ella, se sintió vibrar. En ella estaba todo lo que le importaba. Sentía una confianza inviolable. Ya estaban más cerca, pero no podían avanzar más deprisa. En algún punto entre la biblioteca y el banco se agarraron como si fueran los últimos humanos que quedarán en el mundo.

Esas costumbres menores que solo él conocía. Que Helena escogía los calcetines a juego con la bufanda, aunque nadie fuera a verlos metidos dentro de sus botas. Que en la mesilla de noche mantenía, supersticiosamente inacabada, la novela que había estado leyendo en el parque el día que comprendieron que estarían siempre juntos. Aquellos guantes de cuero delgados como el papel que encontró en el bolsillo del abrigo de tweed para hombre que se había comprado en un rastrillo de segunda mano. El anillo de su madre, que usaba solamente cuando se ponía cierta blusa. Que dejaba el bolso en casa y metía un billete de cinco chelines en el libro cuando se iba a leer al parque. La lata de caramelos en la que guardaba las monedas extranjeras.

Helena llevaba el bolso que él le había comprado en Hill Road, de suave cuero marrón, con una hebilla en forma de flor. Lucía el pañuelo de seda de colores otoñales, con un reborde en verde oscuro, que había encontrado en el mercado, y que ahora había hecho suyo gracias a su perfume, y llevaba el abrigo de tweed con cuello interior de terciopelo. La de veces que él había acariciado ese terciopelo al sostenerle el abrigo para ayudarla a ponérselo. Un número finito de veces. Todos los placeres de un día o de una vida, numerados. Pero el placer también era incontable, era algo más que sí mismo, porque permanecía, aunque solo fuera en el recuerdo; y también en tu cuerpo, incluso una vez olvidado. Queda la mancha del placer y su propio reverso burlón: la pérdida. La finitud puede ser algo tan imposible de concebir como la infinitud.

Caminaron hasta su piso y dejaron sus ropas mojadas en la puerta. No hacía falta encender las luces. Las persianas estaban subidas, la habitación iluminada por la nieve. Un ocaso blanco, una luz imposible. A John siempre le sorprendía, nunca dejaba de asombrarle, lo poca cosa que ella era, le parecía diminuta, y tan dulce y feroz que le dejaba sin aliento. Le había comprado los polvos aromáticos que a ella le gustaban y le llenó la bañera. Echó demasiados y la espuma rebasó los bordes humeantes. «Un banco de nieve», dijo ella.

El soldado joven yacía a pocos metros. ¿Cuánto tiempo llevaba mirándole ese chico? John lo quiso llamar, hacer alguna broma, pero no se encontró la voz.

Aplastado contra el suelo, sin peso sobre él.

Quién creería que un hombre pueda ser derribado por la luz.

La mano de niño de John en la mano de su madre. La bolsa de papel de castañas, del vendedor que se planta con su brasero frente a las tiendas, tan caliente que sin mitones no puede agarrarla. Apoyado contra el pesado abrigo de lana de su madre. La suavidad de su bolso contra la mejilla. Pelando las cáscaras de papel marrón de las castañas para acceder a la carne humeante. El tranvía que chilla sobre las vías. El borde del delantal de su madre, que se escapa del borde de su abrigo, ese delantal que se olvidó de quitarse, el delantal que siempre llevaba. Los tranvías, las colas, los olores a pescado y a gasolina. La suavidad de ella contra su dura niñez. Su aroma antes de que él se rindiera al sueño, la calidez bruñida de su collar cuando se inclinaba sobre él. La lámpara que se dejaba encendida.

La posada estaba construida junto a las vías del tren, al lado de la estación rural, en el valle de un río. Hacía muchos años, la posada y el valle habían sido un destino turístico, promocionado por la compañía del ferrocarril por sus vistas de la montaña, de los prados llenos de flores silvestres, los pinos aromáticos y la betónica. El lento río recorría el camino de las vías como si fuera su sombra, como una madre que corre para seguir el ritmo de su hijo, líneas de plata que atravesaban toda la longitud del valle.

Helena se dirigía a la ciudad, que quedaba más allá, pero se había quedado dormida. No pudo evitar amodorrarse, sucumbir como si el movimiento del tren fuera una droga. Y, cuando el tren se detuvo en la última estación anterior a la ciudad, ella, medio dormida, no entendió bien al revisor, que vociferaba el nombre de la siguiente parada, agarró su cartera y se apeó en la estación que no era.

Más allá de la débil lámpara junto a la salida estaba oscuro; esa oscuridad profunda del campo. Se sintió como una tontaina y también algo temerosa; los andenes desiertos, la sala de espera cerrada con llave. Estaba a punto de sentarse en el único frío banco a esperar a que llegara la mañana cuando escuchó risas a lo lejos. Más adelante le contaría que escuchó cantar, aunque John no recordaba que hubiera música alguna. Se quedó de pie junto a la salida, sin querer abandonar la lastimosa protección de esa solitaria bombilla polvorienta de la estación. Pero, al inclinarse sobre la oscuridad, vio, a cierta distancia, el seductor charco de luz de la posada.

Pasado un tiempo concedería a ese corto paseo en la oscuridad hacia aquella corona de luz —el susurro negro de los interminables campos de hierbas invisibles que la rodeaban— los atributos de un sueño; la sensación de inevitabilidad, la presciencia.

Mirando por la ventana delantera, Helena vio una sala encerrada dentro de su propio tiempo. Una posada de leyenda, de folclore; calidez y humo de leña. Butacas con la tapicería desteñida, mesas y bancos de madera con cicatrices, una enorme chimenea con una reserva de leños con la que atravesar el más crudo de los inviernos, apilados de suelo a techo, la provisión perpetua de un cuento infantil, con cada leño, se imaginó, reponiéndose mágicamente a sí mismo un siglo tras otro. John la observó sentarse cerca. Para él fue un encuentro de intimidad repentina en este sitio público; el ángulo de su cabeza, su postura, sus manos. Vio que un hombre —borracho y tambaleante, reconociendo en cada paso que la tierra giraba sobre su ladeado eje— se dejaba caer en la silla de enfrente y ojeaba a Helena con una mirada lenta, marinada, hasta que su cabeza, pesada como una piedra redonda, se derrumbó sobre la mesa. John y otro espectador se levantaron de un salto a la vez para ayudar y, entre los dos, arrastraron al hombre al fondo del bar a dormir la mona. Cuando John volvió, descubrió que su mesa estaba ocupada ahora por una pareja que no levantaba la mirada, perdidos ya para el resto de la sala.

—Lo siento muchísimo —dijo Helena, recogiendo apresuradamente su abrigo y su cartera—, por favor, tome esta mesa.

Él insistió en que ella se quedara. Con un gran esfuerzo para superar la timidez, le preguntó si él querría sentarse con ella. Más tarde le contaría que se sintió atravesada por una sensación inexplicable, momentánea, que no era ni un pensamiento: que, si él se sentaba, ella se pasaría el resto de su vida compartiendo mesa con él.

Por la ventanita de la entrada, desde el calor de la bañera, veían caer la nieve.

Las líneas negras de los árboles le recordaban a un campo invernal que había visto una vez desde la ventana de un tren. Y el mar negro de la noche, y la capota y el mandil profundamente negros de su abuela subiendo desde el muelle, sin parar de tejer, conduciendo a su anciano asno cargado con pesadas cestas de cangrejos. Todas las mujeres del pueblo llevaban su bolsa de labor en la mano, debajo del brazo o en el bolsillo del delantal, y así las mangas y las pecheras, los trabajos de filigrana, iban creciendo a buen ritmo a lo largo de la jornada. Cada aldea tenía su propio tipo de punto; podías nombrar el

puerto del que provenía cada marinero por el dibujo de su jersey, que contenía además una firma añadida —un error deliberado que permitía a la tejedora identificar su trabajo. ¿Un error que se cometía deliberadamente seguía siendo un error?—. Las tejedoras de la costa conjuraban sus puntos como hechizos protectores, para mantener a sus hombres a salvo, calientes y secos, el aceite de la lana repelía la lluvia y la espuma del mar, como una armadura pasada de padres a hijos. Tejían mangas más cortas y que no hiciera falta arremangarse para trabajar. Un hilo de lana denso, desteñado por el viento salado. El punto liso y el punto canelón, como los campos en marzo cuando se siembran las patatas. El punto de musgo, el punto de cuerda, el punto de abeja, la ola de mar triple, el ancla; el punto de granizo, el relámpago, diamantes, escaleras, cadenas, cuadrados, redes de pesca, flechas, banderas, aparejos. El punto de zarza de Noordwijk. Los calcetines en blanco y negro de Terschelling (dos hilos blancos, un solo hilo negro). El zigzag de Goedereede. El árbol de la vida. El ojo de Dios sobre el corazón de quien lo luce.

Si un marinero perdía la vida en el mar, antes de que su cuerpo fuera consignado a las profundidades, se le quitaba el jersey, que le era devuelto a su viuda. Si un pescador aparecía en la orilla, se lo llevaba a su aldea, porque el punto de su jersey valía tanto como un mapa. Y, una vez restituido a su propio puerto, la viuda podía reclamar su cuerpo añorado gracias a un distintivo talismán: ese error deliberado en una manga, en una cinturilla, en un puño, en un hombro, ese dibujo roto era la firma, tan definitiva como la que pudiera plasmarse en un documento. El error era un mensaje que se enviaba a la oscuridad, la puntada de la calamidad y el terror, una señal para el futuro que la esposa enviaba a la viuda. Una plegaria para que, dondequiera que se encontrase, el hombre fuera devuelto a su familia y entregado al descanso final. Para que los muertos no yacieran solos. El error de amor que demostraba su perfección.

Había reglas del mar que también podían aplicarse a la vida en tierra, y, para cualquier marinero, conocedor del rostro cambiante de lo profundo, era necedad hacer caso omiso de una advertencia. Si, en la madrugada, camino del muelle, un pescador encontraba una liebre o a un cura, o miraba el rostro de una mujer —aunque fuera una esposa, una hija, una hermana, una madre—, no se atrevía a navegar ese día. En las calles del amanecer hacia los muelles del mar del Norte, las mujeres diligentes daban la espalda a los hombres. Y después de la muerte, también, había estrictas reglas de paso. En las aldeas los

ataúdes se portaban así: los pescadores a los pescadores, las mujeres a las mujeres, las gentes de tierra a las gentes de tierra.

Su padre había abandonado el mar en favor de los campos. Marinero o campesino, ¿qué clase de libertad habrían conocido su padre o su abuelo? La libertad de un hombre que se parte la espalda para plantar su propia cosecha.

Cuando John recordaba a su padre, tenía la sensación de recordar solamente fragmentos —sentimientos profundos, pero solo trozos—, algunos momentos que pasaron juntos, ni siquiera días enteros. Años, toda una vida, y ahora solo este puñado, este dolor del tamaño de un corazón.

Historias que se cuentan en un campo de batalla, en una lancha de salvamento, en una sala de hospital por la noche. En un café que desaparecerá antes de que llegue la mañana. Alguien que oye sin querer. Alguien que escucha, atento, con todo el corazón. Nadie que escuche. La historia que se cuenta a quien se está deslizando hacia el sueño, o hacia la inconsciencia, para no despertar nunca más. La historia que se le cuenta a quien sobrevive, que le contará esa historia a un niño, que la escribirá en un libro, para que la lea una mujer en un país o una época que no son los suyos. La historia contada a uno mismo. La ferviente confesión. La búsqueda dispersa, repetitiva, del significado de un gesto, en un momento cuya comprensión se le lleva escapando al hablante toda una vida. Historias que son incomprensibles para el oyente y que, no obstante, son recibidas: por la oscuridad, por el viento, por un lugar, por una lástima insensible o desapercibida, incluso por la indiferencia.

Aquello que entregamos no nos puede ser arrebatado.

Ya era tarde. Fuera de la posada, solo la luz tenue de la estación y, más allá, la de las estrellas.

John no podía explicar lo que sentía: era como si Helena y él hubieran estado allí antes, como si estuvieran representando algo, como si todo lo que decían de alguna manera estuviese predestinado. Sentía que, si al día siguiente volviera, la posada no existiría, que ella no existiría.

Dijo que esperaría con ella hasta que llegara su tren. Se preguntaba por qué ella no le tenía miedo, un desconocido en este lugar tan aislado. A él ella sí lo asustaba un poco.

Dentro de la cálida posada, habían hablado sobre segundas oportunidades. Afuera, en la fría noche, parecía que se conocían de siempre. Estuvo a punto de cogerle la mano.

Más adelante comprendería que hay un momento en el que tienes que hacer que tu vida sea tuya; debes reclamarla, separarla de todas las historias que te han sido dadas, que has heredado o que te han impuesto, o que has estado abrazando mientras otra persona reclamaba la suya. Ya sabía que la vida no elegida, la que se deja atrás por cobardía o por vergüenza, no se marchita. Sin excepción, en lugar de eso, crece desbocada, y ahoga el sendero que queda por andar.

Sería como salirse de la propia ropa, pensó. Como entrar en el mar, cuando ya no sabes dónde empieza tu piel.

Nunca se había planteado que ahogarse pudiera ser una muerte dulce. Pero quizá, después de todo, el mar fuera el mejor sitio donde morir. El mar, donde, como la memoria —según había escrito una vez—, la vaguedad de la forma es la forma misma. Antes de este momento hubiera dicho que semejante desapego mental demostraba cierta disciplina. Ahora pensó que cuando algo está desapegado es que está roto.

Imposible nombrar el momento exacto en el que cae la noche, tan inasible como el momento en que nos adelanta el sueño.

El agua con la que se lavaba apeataba dentro de su casco, un charco demasiado sucio como para albergar un reflejo. Como si el crepúsculo mismo le susurrara, escuchó la voz de Gillies. Al principio no sabía si Gillies estaba hablando solo o si hablaba con alguien, pero pronto comprendió que las palabras de Gillies eran para él. En algún punto del camino habían unido sus suertes. John se había aprendido los tres tipos de ocaso —el astronómico, el náutico, el civil— por su padre, pero en aquel lugar era tan difícil saber la edad del amanecer como la del rostro de un hombre. Gillies tenía doce años más que John y ya le habían cosido más de una vez. «En el hospital de Sarnesfield —le contó Gillies—, había una enfermera, la señorita Ella Leather. Nos cantaba cuando la sala estaba a oscuras, con solo una lamparita junto a cada cama...».

El amanecer era como una roña sobre todas las cosas.

Oh, no, no buscaré a otro, por muchos años que viva...

Porque nunca tuve más que un amor verdadero, y él yace en un sueño profundo...

—No diré que no llorara nadie —dijo Gillies.

Los pechos de ella tienen la medida perfecta de sus manos.

Sintió una presencia, una corriente termal, un temblor sobre la superficie entera de las cosas, como un espejismo de calor. Una profundización, no un oscurecimiento. Sabía que lo había sentido porque inmediatamente sintió otra cosa aún más cierta y poderosa: que esa sensación se empapaba. Ahogado por su torpe incompreensión, por su limitación, su espasmo de duda.

La nieve del ocaso le hizo preguntarse si la luz no estaría ascendiendo desde el suelo. Se daría cuenta del momento de su propia muerte o sería como el caer de la noche.

La marea había traído el cuerpo del abuelo de John a la orilla, y fue llevado a casa, a su aldea, recuperado por el dibujo de su pechera y el error deliberado de la manga.

Todos los marineros que trajo la marea aquel verano —Adrianus, Martinus, William, Jens, Arie, Thomas, Dirk, Joos, Hendrik, James, Luc, Dorus, Edward— y todas las mujeres de los puertos del mar del Norte que se habían ganado un nuevo título delante del apellido: la Viuda Maris, la Viuda Fischer, la Viuda Langlands, la Viuda Martin, la Viuda Hansen, la Viuda Meijer, la Viuda Williamson, la Viuda Fairnie, la Viuda Troost...

Hay quienes sostienen que esto son solo rumores, que no hay pruebas de que los marineros fueran devueltos a sus casas por medio de un hilo de lana tejido al revés. Pero, como todo lo que nos resulta difícil de creer, solo hace falta que haya sucedido una vez para que sea verdad.

El viento sopla frío sobre mi amor verdadero, frías vuelan las gotas de lluvia...

—No diré que no muriera nadie mientras la escuchaba —dijo Gillies.

Tal vez la conciencia ocurriera solo cuando hubo suficientes humanos vivos para generar la chispa, para sellar el circuito, la masa crítica para que el grano de arena se convierta en la duna, la sinapsis que permite que una bandada cambie de dirección en un

instante. Más adelante habría otras metáforas: las quiasmas, los intercambios, los cruces. El cable que se cruza del revés.

En la muerte, ¿el alma es conciencia sin materia?

Aquella iglesia cerca de Siena, con su gárgola, una cabeza con dos cuerpos. ¿Sería un tormento mayor tener dos cabezas con un único cuerpo?

Todo, pensó, es dual, nada está solo: la nieve refulge más cuanto más profundo se va haciendo el ocaso.

Ahora nevaba con fuerza, ¿por qué no tenía frío?

Recordaba sentir dolor. ¿Por qué ahora no lo sentía?

El bar estaba casi vacío, el borracho que los había unido seguía dormido. John esperaba con Helena en la estación, quedaban aún horas para el amanecer. Su pelo castaño reluciente, su abrigo de tweed con sus remilgadas solapas. Era elegante, sincera, curiosa, dulce, él no sabía cómo pertenecer a nadie, cómo iba a dejarla marchar.

—La lástima no nos da derecho sobre ningún otro ser humano —le dijo—, ni le da a ningún ser humano derecho sobre nosotros.

—Es una forma de juicio —dijo él.

—La lástima no es amor —dijo ella.

¿Quién le había hablado alguna vez así?

—¿Y la piedad? —preguntó él. La piedad es otra forma de juicio, pensó. Se concede, pero sigue siendo un juicio. ¿Y entonces qué es el *ágape*? Una rendición al bien.

—Puedo entender que te duermas y te pases de parada, pero ¿quién se queda dormida para bajarse del tren antes de tiempo? —Helena rio. Y de repente su aspecto reflejó el asombro que sentía, como si un hechizo la hubiera traído a este lugar inexplicable, cada uno de ellos sentado a un lado de la mesa. ¿Cómo podía sentir que los hechos de un azar tan frágil eran exactamente lo mismo que la inevitabilidad? Habían hecho falta incontables puntos de cruce para traerlos juntos a esta mesa, en esta noche de finales de verano en pleno campo, bajo el antiquísimo mapa de las estrellas, un mapa que ya había dejado de existir y que sin embargo se veía luminoso y claro.